

EL SEGUIMIENTO DE JESUS DESDE LA EXPERIENCIA DELAS MUJERES DEL EVANGELIO

Isabel Barroso, op

I.- Narramos nuestra historia

“Los Doce iban con Él y también algunas mujeres que había liberado de malos espíritus y sanado de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que había expulsado siete demonios, Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes, Susana y otras muchas que lo ayudaban con sus bienes.”

Lc 8, 2-3

Soy una de esas mujeres que junto con los Doce, María Magdalena, Juana, y Susana perteneció al grupo de los que siguieron a Jesús desde Galilea a Jerusalén¹ Ciertamente éramos un movimiento extraño pues, a diferencia de los otros *rabbís* que solo aceptaban varones como discípulos, el Maestro nos había invitado también a algunas mujeres a agruparnos en torno a Él, a compartir su vida itinerante recorriendo pueblos y aldeas.

Siempre me he preguntado por qué ningún evangelista quiso recoger el testimonio de nuestros comienzos, ninguno narra nuestra experiencia de llamada. Sólo Lucas retiene el nombre de algunas de nosotras y tiene el coraje de asociarnos junto a los Doce. Pero, en el silencio han quedado la mayoría de nuestros nombres, quizás por lo escandaloso que resultaba ver que muchas de nosotras habíamos abandonado a nuestras familias por seguir al Nazareno. Sin duda, reconocernos como seguidoras del Maestro resultaba embarazoso. De hecho los evangelios no relatan ninguna vocación de mujeres. Parece como si nosotras no hubiésemos tenido una vocación explícita. Lo cierto es que todas nos fuimos adhiriendo a Él con mucha espontaneidad pues encontrábamos en Jesús la fuerza que nos devolvía la dignidad de seres humanos. ¡Era tan irresistible ver cómo nos trataba igual que a los varones, humanizándonos por medio de relaciones igualitarias! Era realmente algo sin precedentes, nunca nos habíamos sentido tan respetadas ni valoradas por un hombre. Así que nos lanzamos sin miedo a compartir con Él los caminos polvorientos, la comida, el cansancio... y sobre todo la enseñanza.

Entre nosotras siempre destacó María Magdalena. Ella fue la persona más importante de nuestro grupo de discípulas, así como Pedro lo fue de los varones. Era oriunda de Magdala, una importante y gran ciudad de Galilea, en la orilla noroccidental del Lago de Genesaret. Lucas, el evangelista, dice que fue curada de siete demonios² sin embargo nosotras, que llegamos a conocerla bien, sabíamos que todo su cuerpo mostraba su sufrimiento interior, como si estuviera poseída, fuera de sí³. Jesús la curó en uno de los viajes que hizo recorriendo las villas de Galilea. Muchas veces debía embarcar en

¹ Cf. Lc 8, 3

² Lc 8,2

³ Seguramente padeció lo que hoy denominaríamos una grave enfermedad psicosomática. cf. *Bernabé, Carmen: María Magdalena: Tradiciones en el cristianismo primitivo*. Editorial Verbo Divino, Institución San Jerónimo nº 27. Navarra, 1994: pg 111.

Magdala para cruzar a Cafarnaúm. María Magdalena, como respuesta a la liberación total experimentada, se entregó plenamente a la causa de Jesús y a su persona en un seguimiento dentro del grupo de discípulos íntimos⁴. Siempre nos contaba con emoción cómo el encuentro con Jesús había supuesto un punto de inflexión en el que su vida empezó a pertenecerle por primera vez, y pudo así reencontrarse a sí misma. A partir de ese momento pudo poner orden en su vida, consiguió firmeza y seguridad, se cerró el abismo que se abría bajo sus pies, encontrando en Él el ancla para su existencia. Desde un sin número de fragmentos arrancados y de piedras rotas, su vida adquirió una unidad y empezó a curarse por completo. Junto a Jesús se reencontró a sí misma, y reencontró a Dios. Para ella el Maestro traslucía a Dios, por medio suyo se supo protegida de Dios.

Con el paso de los años, cuando nuestro grupo se fue haciendo más grande, algunos empezaron a confundirla con la mujer pecadora que lavó y ungió los pies de Jesús⁵ y otros incluso, queriendo desacreditarla, empezaron a decir que había sido prostituta, la mujer sorprendida en adulterio que presentaron a Jesús en uno de sus estancias en Jerusalén⁶. ¡Eso sí que nos llenaba de rabia e indignación! Nosotras sabíamos bien su historia. Estaba claro para todas que el hecho de que hubiera sido la primera en encontrarse con el Resucitado había suscitado mucha perplejidad y envidia en algunos varones de nuestro grupo. De hecho, posteriormente constatamos con pena que Pablo no le dedicó ni una sola palabra y parece que la omitió a propósito en la lista de los testigos de la resurrección⁷.

Poco se habla de nosotras en los evangelios. Nunca pusieron por escrito lo que supuso para nosotras, las mujeres, el ser discípulas ni cómo fuimos aprendiendo los valores del Reino. Lo cierto es que fuimos haciendo camino junto a Jesús, adoptando sus mismas actitudes. Junto a Él fuimos aprendiendo a servir y hacer frente a las dificultades que surgían de este nuevo estilo de vida. Pero lo más novedoso fue descubrir que todos, varones y mujeres de cualquier condición, podíamos acceder a Dios, y por eso las personas más discriminadas de la sociedad fuimos las que experimentamos con mayor profundidad esta liberación gozosa y dignificante. Todo esto nos fue transformando radicalmente la vida y, cuando Jesús habló de la necesidad de subir a Jerusalén, decidimos acompañarle hasta las últimas consecuencias.

“Algunas mujeres contemplaban la escena desde lejos. Entre ellas María Magdalena, la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé, que habían seguido a Jesús y lo habían asistido cuando estaba en Galilea.”

Mc 15, 40-41

Cuando llegó el momento de su detención algunas de nosotras, encabezadas por María Magdalena, optamos por permanecer allí en Jerusalén, apoyándole. No nos dejaron acercarnos y, cuando le crucificaron, sólo pudimos quedarnos “mirando desde lejos”. Aunque verle en la cruz nos desgarraba el corazón, contemplamos sus padecimientos tratando que sintiera nuestra cercanía, sosteniéndole con nuestra presencia silenciosa en

⁴ *Ibíd.* pg 264-265.

⁵ cf. Lc 7, 36-50

⁶ cf. Jn 8, 3-11

⁷ cf I Cor 15, 5-6

esa hora tan terrible Nadie se atrevió a negar este hecho y en todos los textos se menciona explícitamente un grupo de mujeres en los relatos de la pasión⁸. Es verdad que sólo dejaron constancia unánime de la presencia de María Magdalena. Pero lo cierto es que allí estuvimos muchas mujeres. Una vez concluido el proceso a Jesús nuestra presencia se hizo visible y continua.

“Las mujeres que habían venido con él desde Galilea, fueron detrás y vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo. Y regresando, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron según el precepto.”

Lc 23, 55-56

Los evangelistas, al narrar lo sucedido en la mañana de Pascua, tuvieron que dejar constancia de nuestra experiencia. Algunas mujeres del grupo, junto con María Magdalena, fuimos a ver el lugar donde colocaron su cuerpo para tener la certeza del lugar donde fue enterrado Jesús. Y posteriormente, el primer día de la semana, fuimos a ungir su cuerpo y nos encontramos con la tumba vacía. Fue María Magdalena la primera que se encontró con el Resucitado. Por eso, al final de cada uno de los cuatro evangelios, los evangelistas vuelven a hablar de nosotras⁹. Es cierto que los datos no coinciden, aparecen distintas personas pero todos afirman nuestra presencia en esa extraordinaria mañana. Por muy difícil que les resultase presentarnos como testigos, conscientes de que nuestro testimonio no tenía valor, el hecho es que tuvieron que decir la verdad: una de nosotras fue la receptora del anuncio del Resucitado, y eso la convertía en ¡apóstola! En los mismos evangelios se nota muy bien la tremenda incomodidad que les produjo este hecho, y de ahí sus desesperados esfuerzos por suavizar el dato pues contrariaba de modo visceral sus prejuicios androcéntricos.

Ahora bien, el hecho fue que Jesús le confió a María Magdalena el encargo de anunciar la resurrección a los discípulos que, por temor, le habían abandonado. Es decir, Jesús le entregó la importante misión de alentar a los hermanos y confirmarles que Aquel que habían matado, estaba vivo. Por consiguiente, Jesús incorporó a las mujeres a su misión de una manera radicalmente nueva y en abierta oposición a las costumbres de nuestro tiempo. Y eso siempre resultó difícil de asumir.

En la Iglesia naciente las mujeres fuimos bien activas, participando codo con codo, corresponsables con los varones, ejerciendo funciones misioneras, de enseñanza, de liderazgo de las comunidades. Han quedado bastantes testimonios de este protagonismo en las cartas de Pablo. En este primer tiempo se puede afirmar que las mujeres trabajamos y colaboramos, en igualdad con los varones, en todos los ámbitos y ministerios eclesiales (ministerio profético, diaconal, de enseñanza, misionero y, la institución de las viudas). Fuimos realmente generadoras de comunidad.

Por eso, cuando Pablo se incorporó a nuestro grupo nos respetó, a la vez que reconoció y admiró nuestra labor. Ciertamente reconoció la igualdad del varón y la mujer y las funciones dirigidas de las mujeres, pero exigió prudencia táctica ante los que no eran

⁸ cf. Mc 15, 40-41; Mt 27, 55-56; Lc 23, 49

⁹ cf. Mc 16, 1-2.9-11; Lc 23, 55-56; Mt 28,9-10; Jn 20,1.14-18

cristianos, y empezó a pedirnos a las mujeres que nos sometieramos a ciertas normas patriarcales para no escandalizar a aquellos que se acercaban al cristianismo. En la iglesia naciente, por tanto, siguió vigente la situación igualitaria inaugurada por Jesús. Pero el proceso de adaptación cultural, el retraso de la Parusía y la institucionalización eclesial limitó progresivamente nuestro papel e influencia en las comunidades. A partir del siglo II la cosa empezó a ser bien diferente.

II.- *Recogemos su legado*

Contemplemos de cerca a estas mujeres que acompañaron a Jesús y formaron parte de su grupo de discípulos. A la hora de señalar sus rasgos fundamentales podemos destacar los siguientes:

Son seguidoras de Jesús que caminan con Él compartiendo su suerte

Estas mujeres son identificadas, definidas, como discípulas, pues se utilizan los verbos típicos del discipulado al referirse a ellas: *seguir* y *servir*. Ellas han seguido a Jesús desde el principio, desde Galilea¹⁰. Por tanto, podemos deducir que han acompañado a Jesús en su predicación del Reino, aceptando su misma vida desinstalada, asistiendo a su enseñanza, a sus curaciones. La persona que se pone en disposición de seguimiento, deja todo: estas mujeres dejaron su puesto en la vida para entrar a formar parte del grupo de Jesús. Son personas que han sabido estar con Él, crear lazos fuertes, ahondar en su conocimiento.

Son valoradas como mujeres, respetadas en su dignidad y tenidas como iguales

Estas mujeres del Evangelio viven esta acogida y reconocimiento por parte de Jesús y su comunidad en cuanto mujeres, puesto que el anuncio del Reino de Dios que trae Jesús incluye la superación de las estructuras y relaciones patriarcales que las subordinaban despersonalizándolas al tratarlas como objeto o como seres permanentemente menores de edad, reconocidas tan solo como madre de familia o esposa, y reducidas a las funciones del hogar. Jesús valora por encima de todo a la mujer como persona y jamás restringe su misión a la tarea del hogar y a la maternidad. En el movimiento de Jesús se establece una nueva forma de relación y vinculación entre el hombre y la mujer, ya sea como pareja, o como miembro de una comunidad.

Son miembros activos de la comunidad en la que se establecen relaciones interpersonales nuevas

En el movimiento de Jesús se crean unas relaciones y unas formas de vinculación entre sus miembros, varones y mujeres, que constituyen una alternativa crítica a las de la sociedad del momento. En el grupo se inauguran nuevas relaciones de vida, basadas en la igualdad y fraternidad. Todos ellos, también las mujeres¹¹, forman una hermandad de iguales. Recordemos también que desde el principio la Iglesia incorporó a las mujeres como miembros natos. El rito de incorporación fue y es igual para hombres y mujeres, al contrario de lo que sucedía en el judaísmo con la circuncisión. Las mujeres fueron

¹⁰ cf. Mc 15, 41; Mt 27,55, esto lo confirma Lc 8, 1-3 desde otras fuentes.

¹¹ Mt. 12, 36-50

bautizadas y recibieron el Espíritu en las mismas condiciones de los varones, como afirma el texto de Hch 8,12.

En esta comunidad las relaciones patriarcales no tienen cabida, pues no existen los padres. En Mc 10, 29-30, cuando Jesús enumera lo que se deja por el Reino y lo que se recibe a cambio, entre lo primero que aparecen son los padres, pero no están entre aquello que se recibe. Esta fraternidad es posible porque Dios es el único Padre, lo que constituye una crítica radical a todas las estructuras de dominación patriarcal, y a la pretensión de cualquiera de arrogarse su autoridad. Este poder solo pertenece a Dios, y ninguno de los “hermanos” puede reclamar el derecho de ejercerlo. Esto supone una crítica fortísima y radical a la estructura posterior de la Iglesia.

Son “iconos de fidelidad y permanencia”

Así las denomina Dolores Aleixandre contraponiéndolas a los “iconos de huida”¹²: Los discípulos, que se resisten a entender que Jesús vaya a sufrir y que suba a Jerusalén¹³, se duermen en Getsemaní como recurso más o menos consciente para desentenderse y evadirse¹⁴, o huyen en el momento del prendimiento¹⁵. En cambio este grupo de mujeres no le abandona cuando está en la cruz. Permanecen fieles y valerosas. Ellas son testigos de la tortura y de la muerte de su Maestro, cuando los discípulos varones han huido. Todo deja transparentar su impotencia, no pueden acompañar a Jesús más que de lejos (excepto en el evangelio de Jn que las coloca al pie de la cruz). Permanecen alejadas, mudas, sin embargo están allí, no han huido. Su solicitud se concentra en el único vínculo que les queda, la mirada. Esa mirada expresa perseverancia en la adoración.

Estas mujeres son capaces de permanecer junto al Maestro en el momento de la prueba más dura y acompañarle hasta el final. Ante la imagen desfigurada del Siervo sufriente estas mujeres supieron permanecer en la absoluta indefensión e impotencia; mantuvieron fija una mirada que les permitía adentrarse en el misterio. Son capaces de encarar el dolor de una manera nueva, permaneciendo junto al que sufre. Estas mujeres nos enseñan a aportar algo muy específico en las situaciones de dolor: la capacidad de acompañar hasta el final.

Su permanecer es la etapa final de su seguimiento y, como en otros relatos del evangelio, su *ver* es sinónimo de *creer*. El “*ver*” constituye un modo de percibir la revelación. El contemplar es un modo de adentrarse en el misterio, por eso, ver y contemplar se convierten en sinónimos de creer. Creyente es quien vio. Por eso cuando los evangelistas hacen hincapié en que las mujeres miraban y contemplaban están valorando su fe, están significando simbólicamente que querían penetrar en el misterio que se desarrollaba ante ellas. Lucas insiste en la idea de que contemplar es conseguir conocimiento, es saber y entender el misterio¹⁶.

¹² cf. ALEIXANDRE, Dolores. *Compañeros en el camino*. Sal Terrae, Santander, 1995, pg 185-186

¹³ Mc 9, 32

¹⁴ Mc 14, 37

¹⁵ Mc 14, 5

¹⁶ TEPEDINO, Ana María: *Las discípulas de Jesús*. Ed Narcea. Madrid, 1994, pg 135.

Las mujeres contemplan aquellas cosas porque es difícil expresar la revelación. Ellas contemplan un misterio que las supera. Fieles en el seguimiento, capaces de servirle, las mujeres permanecen presente en el momento de muerte; permanecen contemplativas.

Sin duda este mirar hubo de suponer una destrucción rotunda de las imágenes triunfalistas de Jesús. Ver crucificado y sangrante al que había sido su Maestro les tuvo que ayudar a reconocerle en su fragilidad e indefensión, una experiencia profunda de purificación de su fe.

Son portadoras de buenas noticias

Testigos de su sepultura,¹⁷ las mujeres son las primeras en descubrir el sepulcro vacío y en recibir el anuncio pascual¹⁸. María Magdalena es la primera receptora de una aparición del Resucitado¹⁹. Las mujeres galileas fueron las primeras que articularon su experiencia de la poderosa bondad de Dios, que no dejó a Jesús muerto en el sepulcro, sino que lo levantó de entre los muertos. Para reorganizar el movimiento de Jesús seguramente las mujeres procuraron convocar a los discípulos que, probablemente después del prendimiento de Jesús, habían huido de Jerusalén y regresado a Galilea; al tratar de reunir a los amigos de Jesús ellas pudieron continuar su movimiento y su obra.

Aún sin ser mencionadas explícitamente, algo propio del lenguaje inclusivo, estas mujeres seguramente están presentes en el grupo de los discípulos reunidos a los que el Resucitado confía la misión y entrega el Espíritu²⁰

Ellas nos invitan a ser testigos de la vida. Como María Magdalena y las otras mujeres, que fueron testigos de la resurrección y desmintieron el triunfo final de la muerte que limita la vida, estamos llamadas a proclamar al Señor de la Vida en medio de tantas situaciones de desesperanza y derrota, proclamando y construyendo caminos de esperanza. Somos invitadas a ser también defensoras de la vida en un mundo en que la muerte se hace presente de tantas formas.

III.- ¡Asumamos juntos las consecuencias históricas de esta novedad evangélica!

Jesús dejó abierto un camino de igualdad por el amor, que no siempre ha sido reconocido y valorado por la Iglesia, pero que, desde los comienzos, muchas mujeres entendieron bien. Ausentes durante siglos de los servicios de la Iglesia que incluía la toma de decisiones y responsabilidades, las mujeres a lo largo de la historia se han entregado a la tarea de construir el Reino. Desde la periferia y los márgenes han ido colaborando en la construcción de la fraternidad universal.²¹

Hoy, al mirar la realidad de nuestros pueblos latinoamericanos, no podemos olvidar que seguimos viviendo en un continente donde las mujeres sufren en muchos casos una triple discriminación: por ser mujer, por ser pobre y por ser indígena. *Ecclesia in*

¹⁷ Mc 15,47 y par

¹⁸ Mc 16, 1-8 y par

¹⁹ Jn 20, 14-18; Mt 28, 9-10

²⁰ Lc 24, 36ss; Hch 1, 14-21; Jn 20, 19-22.

²¹ Cf. ESTEVES, Elisa. *Iglesia, EN: 10 Mujeres escriben Teología*, EDV, Navarra, 1993, pg 177.

America insiste sobre ello diciendo: “En varias regiones del continente americano, lamentablemente, la mujer es todavía objeto de discriminaciones. Por eso se puede decir que el rostro de los pobres en América es también el rostro de muchas mujeres.”²² Sigue siendo urgente promover su liberación económica, social, política y cultural en el ámbito de la sociedad. Por eso como vida religiosa, especialmente como vida religiosa femenina, hemos de buscar cómo seguir caminando juntas, acompañando en este proceso de liberación a tantas mujeres que aún son marginadas y silenciadas. De hecho una de las invitaciones que nos hace “*El Camino de Emaús*” es discernir de qué manera estamos contribuyendo a hacer efectivo el aporte de las mujeres a la sociedad para buscar cómo impulsar entre todos esta transformación social, rompiendo con la fuerte carga de machismo que impera aún en muchos ambientes.

Por otro lado, al mirar el papel que desempeñaron las mujeres en el movimiento de Jesús y en las primeras décadas de historia de la Iglesia, nos podemos preguntar si ser sus seguidores hoy no pide de todos, nosotros y nosotras, un trabajo explícito por transformar nuestra Iglesia y hacer de ella esa comunidad de iguales que inauguró Jesús. Ciertamente constatamos que la reflexión en torno a la cuestión de género va abriendo nuevos horizontes y vamos siendo más conscientes de la necesidad de transformar nuestras relaciones varón- mujer a todos los niveles. Sin embargo, aún nos queda mucho trecho por recorrer. Quizás sea el momento de preguntarnos más abiertamente ¿qué miedos impiden devolver a las mujeres el papel que tuvieron en las primeras comunidades cristianas? Recordemos que Puebla, décadas atrás, no sólo planteó que las mujeres debíamos participar en organismos de planificación y coordinación pastoral sino que afirmó: “la posibilidad de confiar a las mujeres ministerios no ordenados le abrirá nuevos caminos de participación en la vida y la misión de la Iglesia.”²³ Tendríamos que evaluar los pasos que se han ido dando en esta perspectiva en las diversas regiones del continente para seguir impulsando estas orientaciones y dar nuevos pasos. Lo cierto es que esta búsqueda de mayores espacios de participación y responsabilidad de las mujeres en la Iglesia constituye un signo de los tiempos al que hemos de dar respuesta urgente.

Para promover un mayor protagonismo de las mujeres en los órganos de animación y decisión de la Iglesia, tenemos que cuestionarnos también la formación que recibimos las mujeres, especialmente las mujeres consagradas. Querer asumir nuevos ministerios y responsabilidades, entregar nuestro aporte en el ámbito teológico, cultural y pastoral requiere sin duda una formación adecuada a las nuevas urgencias. Esto supone dedicación y esfuerzo que hemos de estar dispuestas a priorizar. El Papa en *Vita Consecrata* nos anima a ello diciendo: “Se espera mucho del genio de la mujer también en el campo de la reflexión teológica, cultural y espiritual, no solo en lo que se refiere a lo específico de la vida consagrada, sino también en la inteligencia de la fe en todas sus manifestaciones.”²⁴ ¿Sabremos asumir este desafío?

Sin duda serán muchos más los cuestionamientos que habremos de acoger en la medida en que ahondemos este signo de los tiempos. Cada uno de nosotros habrá de ir discerniendo lo que implica en su contexto actualizar esta transformación radical de las

²² *Ecclesia in América* n° 45

²³ Puebla n° 845

²⁴ *Vita Consecrata* n° 58:

relaciones humanas que inauguró Jesús. Confío en que todos, varones y mujeres, podamos asumir de corazón esta novedad. ¡Que como la mujer samaritana logremos abandonar nuestros viejos cántaros agrietados y nos dejemos impregnar por la novedad del Espíritu!